

Donde se acaba el viento

Laura Ávila • Martín Blasco •

Elsa Bornemann • Ricardo Mariño •

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Juan Caminador

loquelego

La maestra (1974)

LAURA ÁVILA

Los jueves llegaba el barco. Evina y su abuelo fueron hasta el pueblo a comprar algo de verdura fresca, un rollo de alambre y un abrigo nuevo. Evina ya tenía once años y todo le iba quedando chico.

5

Cuando llegaron a Stanley, el abuelo se sorprendió de que el barco no tuviera bandera. Los vecinos se agolpaban en el muelle para mirar qué mercaderías habían traído del continente.

El abuelo Gavin siguió hasta la barbería y pidió el mismo corte de pelo para él y para ella. Evina no quería, pero igual se sentó y soportó la tijera del barbero.

Salió a la vereda y se sintió como una oveja esquilada cuando el viento frío le dio en la nuca.

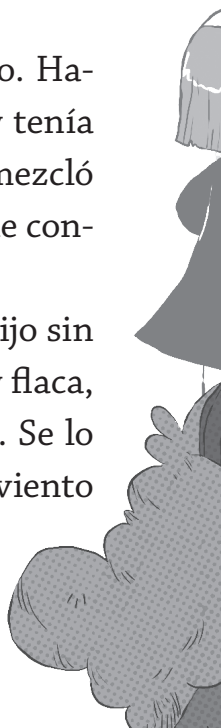
Sacudió la cabeza como un cordero y se puso la gorra de lana.

—Voy a ver la cartelera —le dijo al abuelo, que ahora ocupaba el sillón de la barbería. El viejo Gavin le dio permiso con un gesto y ella caminó hacia el único cine de Stanley, que estaba en la misma cuadra.

6 Vio un movimiento raro en la escuela del pueblo. Una chica muy joven apareció en la puerta con un cajón de naranjas. La rodeaban muchos niños, vestidos con buenos abrigos de colores y mitones. La joven mujer les repartía la fruta con una sonrisa.

Evina se acercó caminando de costado. Hacía mucho que no probaba una naranja y tenía curiosidad por recuperar el sabor. Se mezcló con los otros niños y a su turno la mujer le convidó una.

—¿Estás anotada en la escuela? —le dijo sin perder la sonrisa. Era muy morena, alta y flaca, de pelo castaño largo hasta los hombros. Se lo había recogido en una trenza, porque el viento





de Puerto Stanley era terrible. Vestía una especie de túnica roja muy gruesa, tejida, como los sarapes que usaban los mexicanos en las películas del Oeste.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó a Evina.

Una de las niñas, que chupaba su naranja, la señaló con el mentón.

8 —Ella no es del pueblo, *teacher*. No le dé fruta.

—Me llamo Evina. Evina Campbell. Soy de Goose Green.

—Ah, eso es en el *camp*. Yo soy Emilia, la nueva maestra.

Evina no sabía si tenía que devolver la naranja por no ser de la escuela de Stanley. La maestra entró en el modesto edificio y reapareció enseguida con un cuadernillo y una cajita nueva de lápices de colores.

—Tené, Evina Campbell, es para que vayas leyendo hasta que lleguemos a Goose Green.

Y ante los ojos de los demás alumnos, le dio una naranja extra.

—Para el camino —le dijo, guiñándole un ojo.

Evina le agradeció los regalos con una sonrisa, guardó lápices y cuadernillo en el bolsillo de su saco raído y se volvió a paso lento a la barbería.

El abuelo discutía con el barbero, que le estaba terminando el corte:

—Que yo sepa, nadie los llamó.

—Están haciendo cosas interesantes, Campbell. Hasta un aeropuerto nuevo construyeron. Y venden gas envasado, más barato que la garrafa de la FIC.

—El gas envasado es para los flojos. La turba es buena, por algo está por toda la isla —respondió el abuelo.

Se sacudió el pelo sin mirarse al espejo, le pagó al barbero y salieron a la calle. En la vereda de la escuela no se veía a nadie. Evina pensó que estarían adentro, empezando las clases. Le ofreció una de las naranjas al viejo y le clavó el diente a la suya, con cáscara y todo. El jugo helado y dulce la llenó de energía. El viejo la miró asombrado.

—¿De dónde las sacaste?

Índice

La maestra (1974)	5
LAURA ÁVILA	
Herido de sombras	21
MARTÍN BLASCO	
Caso Gaspar	29
ELSA BORNEMANN	
Los cuatro increíbles	37
RICARDO MARIÑO	
Un monte para vivir	45
GUSTAVO ROLDÁN	
Biografías de los autores	57